

vidar que el nombre de Rodó anduvo con frecuencia en boca de la generación llamada "mensajista" por su amor y dedicación al vínculo indioamericano. Y Julio Antonio Mella, el apasionado cubano, desbordante en sus amores y en sus odios, dijo alguna vez de Víctor Raúl: "Es el prototipo de la nueva juventud americana. Es el sueño de Rodó hecho hombre. Es Ariel".

Lo salvan al maestro del *Camino de Paros* en el recuerdo de nuestra juventud, su fervorosa sinceridad y su digna y estudiosa vida. Harto generoso para pretender dogmatizar, por muchos lustros advirtió proféticamente en un pasaje en los *Motivos de Proteo*, su confianza en aquellos que: "...han de resolver las dudas sobre las cuales en vano hemos torturado nuestro pensamiento; los que han de presenciar la ruina de muchas cosas que consideramos seguras e inmutables; los que han de condenarnos o absolvernos; los que han de pronunciar el fallo definitivo sobre nuestra obra y decidir el olvido o consagración de nuestros nombres; los que han de ver, acaso, lo que nosotros tenemos por un sueño y compadecemos por lo que nosotros imaginamos una superioridad!"

Sobre la memoria de José Enrique Rodó caen sombra y olvido explicables aunque inmerecidos. A la infidencia de sus herederos debe el maestro tan desdichado destino. Para aquellos que columbramos panoramas que no alcanzó a distinguir y que participamos en luchas ardientes que no llegó a sospechar, su prédica suena lejana y diversa. Y al pie del mármol de *La Tempestad*, Próspero deberá reiniciar nueva lección actual y Enjolás el inquieto, sentirá el impulso de interrogar cuestiones y resolver dudas que nuestra generación quizá logre aclarar en la más dulce y cruel de las disciplinas: en la Acción.

De "Repertorio Americano". San José de Costa Rica.

## Los Chinos y sus Vecinos

P O R M A R C E L G R A N E T

LAS artes, la poesía, la moral y, en tiempos muy próximos, aun las técnicas chinas, han sido adoptadas por todo el Extremo Oriente. Ningún país de la extrema Asia, ya sea de los decaídos o de los que se enorgullecen con su nuevo poderío, se atrevería a renegar sinceramente de esta tradición. Para no hablar sino del Japón, todos los renuevos de cultura que la historia nos permite constatar en aquel país, los debe (hasta las reformas de mediados del siglo XIX) a la influencia china: todos sus progresos en el arte o en el pensamiento, son debidos a la afluencia de emigrantes chinos expulsados del Continente por tal o cual acontecimiento histórico. Cuando el Japón se ha resignado, sin gran placer primeramente, a

importar técnicas inspiradas por la ciencia occidental, lo que en la nación hay de mejor permaneció fiel a las tradiciones de la sabiduría china. Pero se ha creado en el Japón un Estado que, conservando un espíritu feudal, se ha dedicado al propio tiempo, con ayuda de esos métodos importados, a aumentar desmesuradamente el poder material del país. Este hecho es el que los publicistas traducen de una manera corriente, proclamando que el Japón se ha occidentalizado. Habría que decir que, renegando las virtudes de moderación importadas de China, los dirigentes japoneses, copiando del Occidente el nuevo aspecto material de su civilización, se han rehusado, sin embargo, a adoptar los principios espirituales que verdaderamente definen la civilización occidental. El Japón occidentalizado, si reniega de China, no quiere tampoco adaptarse al Occidente. Domesticar a China, someter después a Europa, tales son los propósitos declarados de quienes lo dirigen. El nuevo Japón es imperialista. La debilidad aparente, la fuerza profunda de China proviene de que el imperialismo es contrario a su genio.

Uno de los rasgos más originales de la civilización china consiste en que ha conseguido unir, durante largos siglos, una inmensa masa de hombres sin experimentar jamás la necesidad de darle la recia contextura que, en concepto de los políticos, es necesaria en todo Estado. Lo que constituye la unidad china, es una tradición de cultura. Esta tradición se ha conservado largamente y largamente se ha propagado, sin que haya habido necesidad de crear ninguno de estos órganos de coacción de que disponen los Estados modernos. Tchouang Tseu, uno de los grandes sabios de China—brillante escritor que, con tanto espíritu como Voltaire o Platón, consiguió transportar a magníficos símbolos filosóficos los más rústicos temas de sus compatriotas campesinos—, ha proclamado la idea de que, para conseguir que los hombres lleven vida feliz, bastaría dejar a cada aldea vivir a su guisa, siguiendo espontáneamente los consejos de un vetusto acervo de máximas locales. Ciertamente han existido en China emperadores que promulguen leyes; pero estas leyes no han sido hechas sino para la edificación de los súbditos y, en todo tiempo, los conflictos de la práctica cotidiana, han sido resueltos por arbitrajes privados. País de buen entendimiento rústico, China es el país de la conciliación y de los conciliadores, es el país de los reglamentos amistosos formulados no para *decretar el derecho*, sino para contentar razonablemente a las partes, apaciguar las discordias y mantener, juntamente con la paz, el equilibrio tradicional de las fortunas y de los prestigios. Los individuos buscan la paz, de preferencia a las ventajas materiales. Los dirigentes coinciden en este ideal. Sin duda, ha ocurrido en raras ocasiones que algún emperador de una dinastía poderosa haya perseguido brillantemente guerras de prestigio, sí, pero jamás la diplomacia china se ha fundado únicamente sobre la fuerza, y jamás ha emprendido conquistas o anexiones verdaderas. El principio, siempre mantenido, de que sólo el pres-

tigio de la sabiduría china debe obligar a los bárbaros a venir, por sí mismos, con su tributo, ilustra claramente sobre este hecho. La China más que por los ensanchamientos materiales se preocupa por la influencia moral. Se olvida a menudo que China ha producido algunos grandes generales y que nadie es más resistente y más valeroso que un chino cuando se ve obligado a defenderse. Y conviene recordarlo. Pero también hay que repetir que los chinos, desde hace largos siglos consideran como bandidos, más que como soldados, a los que buscan la discordia y viven de la rapiña. Algunos antiguos adagios, meditados y meditados siempre, les han enseñado que la defensiva vale más que la ofensiva, que ceder vale más que triunfar, que toda victoria llevada hasta su último término engendra un terrible desquite de la fortuna. En efecto, China ha acabado por someter a sus invasores bárbaros, vencido a sus vencedores y siempre ha dado pruebas de estas virtudes de moderación, de este espíritu de conciliación que los individuos consideran como su primer deber. No es por incapacidad, ni por decadencia, por lo que China, en un mundo todavía batallador, se ha preocupado poco, hasta la fecha, de su adelanto militar. Es que China profesa el principio de que para las naciones como para los individuos, los únicos procedimientos ventajosos son el arbitraje; que aun cuando se tenga todo el derecho, la peor injusticia es llegar hasta el término de su derecho, y que, en todo caso, la fuerza no constituye el derecho. Ningún ejemplo, por dañino que sea o por próximo que haya estado, ha logrado todavía hacer surgir en China una mentalidad imperialista.

Los chinos detestan todas las formas autoritarias del proselitismo. Han conocido, bien nacidas entre ellos o importadas al país, multitud de doctrinas sectarias. Ninguna ha sido ensayada positivamente, ninguna, en todo caso, ha conseguido imponer su doctrina como una ley y propagarse por fuerza y constricción. Aun la más mística de las doctrinas chinas—la taoísta—que poseía tan altas razones como las místicas budista, cristiana o musulmana para suscitar una religión universal, se ha prohibido siempre todo esfuerzo de proselitismo, fuera del contacto familiar entre el maestro y el alumno. No admite ni dogmas, ni clero secular, ninguna forma de disciplina eclesiástica, ninguna organización misionera. El Extremo Oriente, en su conjunto, está penetrado de sabiduría taoísta, tanto como de sabiduría confuciana. Este éxito se ha debido al solo prestigio de tales sabidurías y de ninguna manera a empresas diplomáticas. El arte de la vida y la disciplina de las costumbres preconizada por los taoístas y los confucianos, se han abierto paso por sus propios méritos. Inversamente, la China se ha mostrado siempre abierta a las ideas de afuera. Ha acogido, acoge todavía principios religiosos, teorías científicas y doctrinas sociales; todas las sabidurías importadas. Se abre fácilmente, pero no quiere ver en todo ello otra cosa que medios de liberación espiritual: instrumentos de cultura. No quisiera aceptarlos a título de dogmas. No ha permitido, y no permite, a los

propagandistas de estas sabidurías usurpar para ellas la fuerza de una doctrina de Estado. No permite utilizar estas doctrinas para fines autoritarios o imperialistas. La nación, como los individuos, permanecen fieles a un ideal de paz, de conciliación, de autonomía, de equilibrio.

En un período lejano de su historia, algunos siglos antes de J. C., en tiempos de agitaciones, una secta intentó establecer en China un sistema teocrático. El fracaso, tras algunos éxitos parciales, fué rápido y definitivo. Y, sin embargo, los sectarios de Mo Tseo estaban animados de una pasión de bien público y de un ardiente amor por la paz. Pero bastó que proclamaran, juntamente con la sumisión a un Dios supremo, del cual el Jefe del Estado sería el representante, un régimen de coacción y de obediencia ciega a reglamentos uniformes, para que a través de toda la historia de China se hayan visto maldecidos y despreciados como viles utilitarios, enemigos de la cultura y del verdadero humanismo. La teocracia, por el contrario, ha tentado frecuentemente al Japón. Reina allí actualmente, al mismo tiempo que sigue imperando un régimen feudal. Pero las formas más arcaicas de la disciplina se combinan en el Japón con un apetito de poderío material que trata de imponerse por el empleo de las técnicas occidentales. El Japón tiene una religión de Estado, una ciencia de Estado, una enseñanza de Estado, una industria de Estado. La China no tiene nada de esto y no obstante existen en Europa gentes que admiran al Japón bajo pretexto de que es un gran Estado, y desprecian a la China porque, dicen, vegeta en la anarquía. Nada habría que decir de esta opinión si uno se decidiese a admitir que el Estado se identifica con una policía fuerte y que no hay otra forma de disciplina social que la de un campamento feudal.

Pero que no se diga que el Japón ha imitado y que representa en Extremo Oriente la civilización occidental. Que no se diga, sobre todo, que el Japón representa la civilización en el Extremo Oriente. Es de la China de donde, hasta hoy, el Extremo Oriente ha derivado su sabiduría. Esta última reposa sobre ideales vecinos por sus principios, si no por sus símbolos, de los ideales de Occidente. Aquí y allá, se ha sabido concebir y hacer efectivo el sentimiento de que el objeto supremo de toda disciplina social está en constituir la dignidad humana haciendo reinar la razón. Así como en Occidente el problema se finca en descubrir los medios que adapten a un nuevo humanismo las conquistas de la ciencia, y así como este problema no será resuelto sino por las naciones que sigan afinando en ellas el ideal de la razón, de la misma manera se plantea este problema en el Extremo Oriente. La China representa una tradición de cultura hermana de la mejor tradición occidental, y es por ello por lo que bien puede uno permitirse desear el triunfo de las ideas que aquel país defiende.

(De *Les Nouvelles Littéraires*. París.)